

He esperado en el Señor, y no seré nunca confundido. *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.* (Salm. XXX, 1.) ¡Oh Dios! sois para mí una torre de fortaleza contra el enemigo. *Turris fortitudinis, a facie inimici.* [Salm. LX, 4.] Los que tienen su confianza en el Señor, no serán conmovidos, como no lo es el monte de Sión. *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion.* [Salm. CXXIV, 1.]

Sí, solamente el Corazón de un Dios, el Corazón de Jesús puede ser un apoyo firme. Todo cae, todo se derrumba á nuestro derredor; los lazos más fuertes se rompen, los apoyos más legítimos desaparecen, las más profundas afecciones declinan y nos quedamos solos de espíritu, solos de corazón, y con frecuencia aun solos de cuerpo. Ahora bien, "no es bueno para el hombre el estar solo." *Non est bonum esse hominem solum.* [Gen. II, 18.] dice la Sagrada Escritura. Por esto el dulcísimo Jesús nos abre su Corazón, nos ofrece y nos dá su Corazón. ¡Ah! correspondamos á este dón del amor, confiando y agradeciendo con todo el amor de nuestros pobres corazones! Vamos á Jesús, recurramos á Él en todas nuestras penas, en nuestras dudas, en nuestro desaliento. "A quien irémos, Señor, decía S. Pedro; Vos teneis palabras de vida eterna." *Ad quem ibimus verba vitae aeternae habes.* (Joan. VI, 69.) Nosotros añadiremos. Vos solo, ¡oh Jesús! teneis un bálsamo para todos los dolores! Irémos pues á este divino Amigo, á este divino Apoyo; y esperimentémos, con cuanta razón decía la fiel amante del Sagrado Corazón la Bienaventurada Margarita Maria: NO, NO, NO PUEDE PERECER UN HIJO QUE ESTA EN LOS BRAZOS DE UN PADRE TODOPODEROSO!



"DEBEMOS DESEAR MORIR como lo deseaban los santos." (1)

Miembro j.) La muerte nos libra de esta necesidad en que estamos de amor á Dios imperfectamente, á medias, con tibieza. Pues por muy intenso que nos parezca ser el amor que tenemos á Dios, todavía se queda muy cortó, no sólo atendiendo á lo que Dios se merece, sino aun respecto de lo que podemos amar; pues el amor propio nos lleva buena parte, áun cuando no tengamos conciencia de ello; y como el amor propio es la última camisa que el hombre se quita [la cual se quita después de muerto], resulta, que mientras estamos en esta vida, no podemos amar á Dios con toda la intensidad de nuestra alma. Y el amor que tienen acá los santos comparado con el que tienen en el cielo los bienaventurados, es como una pequeña brasa al lado de un horno sin límites. "*Ignis Domini in Sion: et caminus ejus in Hierusalem.*" Por tanto nuestra caridad con más propiedad se puede llamar caldeada que fuego; y, si se llama fuego, es como un fuego de la tierra, encendido en materia extraña; pero la caridad del cielo es un fuego en su propia esfera, que goza por lo ménos de estas tres

[1] Véase el núm. anterior, pág. 286.

ventajas sobre el nuestro: 1ª), es puro: 2ª), es inmenso: 3ª), es inextinguible. 1ª) Los bienaventurados no sólo aman á Dios como se le ama acá abajo, sino que propiamente no aman otra cosa que á Dios; cuando nosotros los *viadores* amamos juntamente con Dios otros bienes; y si no amamos otros bienes, nos amamos á nosotros mismos, y aunque no sea mas que al Señor, al ménos en algún grado inferior ya nos amamos; así es que si no le damos quien tenga superioridad en nuestro corazón, ni quien le sea compañero, le damos por lo ménos algún competidor: de suerte que nuestro amor jamás es del todo puro, porque nunca nos hace olvidar enteramente de nosotros mismos, ni nos transforma jamás del todo en el amado. Lo cual no sucede en el cielo, donde la criatura parece que se derrite, se evapora, para ser íntimamente penetrada por el amor del Criador.

2º) En esta vida nuestro amor es escaso, porque el alma no puede ver al Sol increado, sino entre las nubes de las semejanzas criadas: "*Nunc ex parte cognoscimus*" y por eso tampoco le amamos, sino limitadamente, pues las fuerzas apetitivas siguen á las cognoscitivas. Pero en el cielo veremos este Divino Sol claramente y sin velo. "*Videbimus eum sicuti est,*" y así le amarémos sin límite, y quedaremos sumergidos por afecto en aquel inmenso abismo del *Sumo Bien*.

3º) Acá abajo nuestra caridad es una ténue llama que puede apagarse con cualquier viento; mas allá arriba la caridad de los bienaventurados es una lla-

ma inextinguible, pues como está en su propio centro y está recibiendo pábulo continuamente y hasta que Dios sea Dios, jamás puede faltar ni disminuirse.

De aquí viene el que los santos digan como S. Pablo: "*Cupio dissolvi et esse cum Christo,*" y que cualquiera tardanza se les haga larga para gozar de la presencia del amado: "*Amore languéo.*" Están enfermos de amor, y esta enfermedad sólo tiene por medicina la muerte, y por eso suspiran por verse libres y desatados de la cárcel de este cuerpo, y piden con lágrimas y gemidos que se les alce el destierro y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que les impide ver á su Dios; y así, á los que tienen verdadera caridad, la vida les es en paciencia ó por mejor decir, en fastidio, y la muerte en ardentísimo deseo; porque ella y sólo ella los librará de amar á Dios á medias é imperfectamente.

Objeción. Desear vida larga para aumentar los merecimientos y poder comparecer delante del Señor con mayor perfección, á la manera que una esposa desea mayor espacio de tiempo para adornarse y aparecer mas hermosa delante de su esposo, es cosa mas loable y mas gloriosa á Dios que el desear morir luego, cuando todavía se ha trabajado tan poco por la gloria de Dios y se han hecho tan pocos méritos, y las vestiduras de nuestra alma tienen tan pocos adornos de virtudes. Luego falsa es la proposición de que "*debemos desear morir.*"

Respondo:—Distingo el antecedente. Desear vida larga etc.; si de cierto sabe uno que vá á prestar

servicios notables á Dios y á acrecentar los merecimientos y á perfeccionar el alma etc.

Concedo. De otra manera. *Niego.* Porque el mismo acto de ofrecer á Dios la vida nos hace conseguir en un instante la perfección deseada. Esta es doctrina de S. Agustín: "*Sunt aliqui qui ideo dicunt se nolle mori, ut proficiant; cum tamen profectus eorum in hoc situs est, ut mori velint; proinde quod nolunt, ut perfecti sint velint et perfecti sunt.*" Además; para convencerse de que están en un engaño los que creen que es mejor desear vida larga para dar más gloria á Dios, basta comparar la caridad imperfectísima de esta miserable vida, con la caridad perfecta de los bienaventurados y por consiguiente la gloria que de ellos recibe Dios en los cielos: porque "*gloria non est nisi clara notitia cum laude.*" Ahora bien; ¿en dónde hay más conocimiento y alabanza de Dios, en el cielo ó en la tierra? Luego, el andar diciendo que es menester vivir todavía muchos años para salvar muchas almas y dar mucha gloria á Dios, son bravatas que provienen de ver las cosas á lo humano: y así el mejor remedio para estos partidarios de la vida larga, es que se den mucho á la oración y pidan muy de veras la "*luz del cielo.*"

Escolio. Lo mismo se puede responder á los que dicen que desean vivir para satisfacer por sus culpas y librarse del purgatorio. Si viviendo más desquitásemos de lo pasado y no añadiésemos nuevas culpas, muy bueno sería eso; pero si precisamente sucede que no sólo no desquitamos, sino que añadimos culpas á culpas, y faltas á faltas: y el amor propio

sigue creciendo más cada día y con él la inclinación á las comodidades, deshaogos, pasatiempos, regalos, honrillas, etc. etc y cuanto más vivimos, se hace más larga la cuenta que tenemos que dar á Dios. Y así dice San Bernardo: "*Cur ergo tantopere vitam istam desideramus, in qua, quanto amplius vivimus, tanto plus peccamus; quanto est vita longior, tanto culpa numerosior?*" Y San Jerónimo dice: "*¿Qué diferencia pensais que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo, sino que el viejo va más cargado de pecados que el mozo y tiene más de que dar cuenta á Dios?*" El V. P. Avila (hoy B. Avila) decía que cualquiera que se hallase en mediana disposición, debiera desear la muerte, por razón de ser hombre tan fragil, la voluntad tan variable, las pasiones tan rebeldes, las ocasiones tan peligrosas, los hábitos viciosos tan perversos, el demonio tan astuto, el mundo tan lisonjero y seductor, y la carne tan liviana y propensa á deleites y regalos; todo lo cual se acaba en un momento con la muerte. Para concluir, bueno es recordar aquellas palabras que S. Bernardo decía con mucha humildad, y nosotros podemos repetir las con muchísima verdad: "*Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo morir porque no estoy preparado; pero con todo eso, mas quiero morir y encomendarme á la misericordia de Dios, pues es benigno y misericordioso, que escandalizar á mis hermanos con mi vida tibia y floja.*"
«*Vivere erubesco, quia parum proficio, mori timeo, quia non sum paratus. Malo tamen mori et misericordiae Dei me committere, et commendare quia beni-*

gnus et misericors est quam de mala conversatione alicuiscan dalum facere.»

Corolario 1º Luego si queremos obrar como prudentes y como verdaderos cristianos, debemos estar esperando el momento de nuestra muerte, como espera el encarcelado el momento en que han de ir á abrirle la puerta de la prisión para pasar de las tinieblas al día claro; de las cadenas á la libertad, y de la compañía de malhechores á la de sus padres, hermanos, parientes, amigos, conocidos, paisanos etc. etc.

Corolario 2º Luego debemos recibir tanta alegría con la noticia de nuestra muerte, cuanto recibe uno que vá á entrar en posesión de una cuantiosísima herencia. Porque la muerte es el medio por donde entramos en posesión de la herencia del cielo, para ver el deleite del Señor: «*Ut videam voluptatem Domini.*» No podemos entrar á enseñorearnos de los bienes eternos, sino pasando por la puerta de la muerte. Y así dice el sabio: «*Justus sperat in morte sua*», porque la muerte le hace entrar en el cielo; y por eso en ella pone su consuelo en este destierro: «*Psallam et intelligam in via immaculata, quando venies ad me;*» las cuales palabras declara así S. Agustín: «Mi atención y deseo, Señor, es conservarme sin mancilla toda la vida, y con este cuidado andaré cantando, y la letra de mi canción será: ¿cuándo se alzaré, Señor, este destierro? ¿cuándo vendreis por mí? ¿cuándo iré yo, Señor, á Vos? ¿cuándo me veré con Vos? ¡Oh, como se tarda esta hora! ¡Oh, que contento y alegría será para mí,

cuando me digan que se llega ya! Ya me imagino, como de pies, allá en compañía de los ángeles y bienaventurados gozando de Vos, Señor, para siempre jamás.»

Corolario 3º Luego el no desear la muerte es apreciar la muerte, es apreciar en poco el cielo. Y un alma así tan remisa, podrá decir con razón: «*Peccavi in coelum*», y como culpable de esta tibieza será castigada en el purgatorio. Es opinión constante y el Cardenal Belarmino lo apoya con fuertes razones, que en el purgatorio, además de las penas desentido y daño, hay otra prisión más honrosa y noble, donde las almas no padecen otra pena que la de retardárseles la bienaventuranza, en castigo de haber deseado poco la muerte para ver á Dios y á Cristo.

Corolario 4º Luego los antiguos cristianos eran más racionales que los modernos, cuando cantaban himnos de alegría al llevar á sus muertos á darles sepultura, y no llamaban á aquellas pompas un funeral, sino un triunfo, ni se atrevían á decir que el difunto era muerto; pues entendían muy bien que entonces estaba viviendo la verdadera vida, y cada uno de ellos deseaba dejar la tierra para ir á ver á Dios eternamente en el cielo.

Pruébase la menor del primer silogismo en la 2ª parte: esto es: «Deseando la muerte agradamos á Dios.» Lo que más agrada á Dios nuestro Señor, es que nos sacrifiquemos por su amor. Es así que deseando morir le hacemos el grande sacrificio que podemos. Luego deseando morir agradamos á Dios.